

INTERNACIONALIZACION DEL CAPITAL Y DESNACIONALIZACION DEL ESTADO EN AMERICA LATINA

Francisco Leal Buitrago*

I. Ciencias sociales y nueva dependencia

A partir de la segunda postguerra las ciencias sociales entran en una nueva dimensión en América Latina. El problema del desarrollo, como tema teórico y político central en los países industrializados, fue el motor del proceso. Como telón de fondo de este problema se situaban las necesidades de la moderna internacionalización de la economía, orientada por la reorganización del sistema monetario mundial en 1944 en Bretton Woods, bajo la hegemonía de Estados Unidos. La Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, CEPAL, expresó tal problema en la región e inició la formulación de análisis originales que cuestionaron progresivamente las concepciones norteamericanas y europeas de interpretación del desarrollo. Ya en su plena elaboración creativa, la CEPAL postulaba que el subdesarrollo era un fenómeno coetáneo y paralelo al desarrollo y, más aún, derivado de él, mas no una etapa previa por la que hubiesen pasado todas las sociedades, como predicaban las teorías dominantes (1). Sobre esta base, la CEPAL

pretendía para la región un tipo de desarrollo (o de industrialización, que en cierta forma era sinónimo) que removiera el obstáculo de la dependencia externa propio del subdesarrollo, apoyado en un proyecto político de clases medias opuesto al obstáculo interno de los privilegios de la vieja oligarquía.

Alrededor de esta simiente florecieron teorías en las diferentes ciencias sociales, dentro de un ambiente interdisciplinario que confrontaba los esquemas unidisciplinarios ya tradicionales provenientes de los países industrializados. Quizás la creación que tuvo mayor acogida y persistencia en un contexto de crítica fue la llamada teoría de la dependencia, la cual no podía concebir el avance de la industrialización de América Latina bajo una situación de dependencia. Esta tesis se apoyaba en la premisa de la dependencia externa como el factor contradictorio por excelencia con el desarrollo industrial.

Ambas tesis desarrollistas sobre la industrialización, la cepalina y la de la dependencia, fueron sobrepasadas por la historia, dentro de una visión de nueva dependencia más prudente y menos maniquea. Pero quedaron multitud de interpretaciones derivadas, que pueden ser utilizadas críticamente hoy en día (2), y una

* Sociólogo, Director del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

1. Sobre esta discusión puede verse mi ensayo "Desarrollo, Subdesarrollo y Ciencias Sociales", en Francisco Leal y otros, *El agro en el desarrollo histórico colombiano*, Bogotá, Punta de Lanza, Departamento de Ciencia Política, UNIANDES, 1977.

2. Quizás el más conocido de todos sea el trabajo de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

situación en permanente cambio que ha sido tema de análisis dispersos durante casi dos décadas de historia latinoamericana. Esta dispersión se explica, primero, por la cautela que substituyó al optimismo propio de esa rica etapa de reinterpretación social de América Latina; segundo, por los análisis nacionales y de sus regiones que emergieron como sustituto de las generalizaciones extremas que se hicieron sobre el área, y tercero, por la encrucijada que han venido atravesando las ciencias sociales como expresión de una dinámica realidad.

La prudente visión de nueva dependencia a la que se hizo referencia se apoya, entre varios factores, en dos concepciones complementarias sobre el fenómeno. En primer lugar, ya no es posible concebir al subdesarrollo como sinónimo de sociedad bloqueada a la industrialización. La experiencia de desnacionalización de la industria en América Latina, con el auge de las empresas multinacionales, enseñó que la dependencia no es la antítesis del desarrollo capitalista ni de la industrialización. Mucho antes de lo que Cardoso creyó descubrir (3). Maurice Dobb ya había previsto la solución de la contradicción entre una situación de dependencia y la vía hacia la industrialización capitalista. Apoyado en la experiencia expansiva de Alemania hacia Europa Oriental como preámbulo de la Segunda Guerra Mundial, Dobb anotaba que "también es posible que se busque una salida para los productos de la industria financiando en gran escala la industrialización de los países coloniales: con ello se ensancharía el mercado de bienes de capital, pues se abastecería de equipos a la industria colonial, y también el mercado de bienes de consumo, con el mayor poder de compra engendrado por la

mayor ocupación de la industria colonial y por la construcción de equipos" (4). Por razones similares, en la década de los años sesenta, el problema del bloqueo al que se veía abocada la industrialización con pretensiones autónomas de algunos países latinoamericanos, pudo iniciar su solución gracias al desarrollo de las corporaciones multinacionales. Con ello, el capital monopolista alcanzó gran maduración, traspasando las fronteras nacionales mediante el multinacionalismo, tendencia principal del capitalismo contemporáneo.

En segundo lugar, dentro de la nueva visión de dependencia, el mundo capitalista difícilmente puede ser visto como producto de la dinámica entre dos subsistemas definidos, el desarrollado y el subdesarrollado. Esta idea fue esgrimida en su tiempo por algunas variantes de la teoría de la dependencia (5). En este sentido, también resurge una vieja tesis de Dobb que señala que no se puede hablar fácilmente del capitalismo en forma genérica, sino más bien de la existencia de múltiples capitalismo, particularmente a partir de experiencias regionales y nacionales (6). Dentro de este contexto se pueden cuestionar muchas teorías derivadas de una concepción bipolar. El intercambio desigual, por ejemplo, sería un fenómeno propio de la circulación permanente del capital, y no de una supuesta ley atada necesariamente a la teoría del imperialismo o a la de la dependencia (7). De la misma manera, sería factible dejar en entredicho la corriente que puede denominarse neoluxemburguista, que postula la superexplotación del trabajo en las economías subdesarrolladas como requisito necesario para aumentar la cuota de plusvalía relativa de las naciones desarrolladas (8). Así mismo, dentro de las teorías del Estado, se desvanecerían las afirmaciones que colocan como carac-

3. "Empecemos por el punto que puede parecer más discutible: la caracterización de la actual etapa de la dependencia indica que existe la posibilidad de acelerar la industrialización en las economías periféricas redefiniéndose las bases de la dependencia... De hecho el progreso actual que sigue la división internacional del trabajo, impulsado por el capitalismo monopolístico y por la reorganización de las empresas llamadas multinacionales que pasan a operar como 'conglomerados', a los cuales se incorporan distintos ramos de producción, abre la posibilidad de industrialización de áreas periféricas del capitalismo. Este proceso no había sido previsto por las teorías del imperialismo y de la acumulación capitalista". "Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia", en Sergio Bagú y otros, *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1973, p. 111.

4. Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1971, p. 445.

5. Entre los autores que incluyen esta concepción en sus postulados sobresale Samir Amin. Ver *La acumulación a escala mundial*, México, Siglo XXI, 1974.

6. Dobb, *Estudios sobre...*, pp. 36 y 37.

7. Los trabajos de Argüiri Emmanuel, Samir Amin, Oscar Braun y Christian Palloix, por ejemplo, vinculan orgánicamente el problema del intercambio desigual con el imperialismo.

8. Un ejemplo de este principio lo proporciona Ruy Mauro Marini. Ver *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI Editores, 1969, pp. 8-10.

terística de las sociedades periféricas el predominio de la explotación de la plusvalía absoluta, en contraste con las sociedades centrales definidas por la supremacía de la plusvalía relativa (9).

El advenimiento de la crisis económica latinoamericana a comienzos de esta década ha puesto de nuevo sobre el tapete la importancia de hacer incursiones explicativas sobre el área en general. Se trata, en síntesis, de identificar y analizar algunos elementos sobresalientes comunes que, como por ejemplo la deuda externa, permitan hacer abstracción de las múltiples diferencias que caracterizan la gran heterogeneidad latinoamericana. De esta manera, se han venido adelantando análisis que articulen los estudios nacionales y de sus regiones, pero sobre todo, que han despertado la necesidad de ir aclarando las constantes que definen la presente crisis en su conjunto. Si bien la crisis del área es expresión de otra de carácter universal, tiene su propia especificidad y su propia dinámica. A pesar de que las experiencias históricas de los distintos países fueron tan diferentes como su misma heterogeneidad, todos ellos compartieron desde la última postguerra la herencia del mismo patrón global de desarrollo y la ausencia de alternativas para remplazar las agotadas concepciones desarrollistas y neoliberales que predominaron hasta la irrupción de la crisis (10). Esta ha sido tratada fundamentalmente en su carácter económico, pero no cabe duda de la multiplicidad de factores que encierra, particularmente el de su entronque político. El establecimiento del actual orden económico internacional fue en su momento una decisión política. Ahora, al evaporarse el espíritu de Bretton Woods, se requiere de nuevo otra magna decisión política. Mientras tanto, las ciencias sociales tienen que asumir el reto de ir explicando el profundo contenido de la crisis, con el fin de hacer menos traumáticas las decisiones que conduzcan a su solución.

Entre los factores que parecen influir en el advenimiento de la crisis, existe uno con toda la apariencia de constituir, si no el pilar fundamental, por lo menos uno de los sustentos básicos que, con su desarrollo, alimentó el enjambre de circunstancias que desembocaron en esta coyuntura. Se trata de la expansión internacional del capital y de sus implicaciones en el funcionamiento de la economía y en el campo de lo político. En la economía su influencia se refiere principalmente al estímulo que ha ejercido en el fenómeno de la especulación, al punto que el desarrollo de ésta ha restringido significativamente los flujos de capital productivo, en tanto que el improductivo ha alterado las condiciones de estabilidad económica. En el campo político la internacionalización del capital ha provocado una especie de enajenación del Estado de su arraigo nacional, tendiendo a identificarse con los intereses externos. Esta desnacionalización del Estado se ha concretado en el debilitamiento de las posibilidades de implementación de proyectos políticos de solución de las manifestaciones de la crisis por parte de las clases dominantes.

El análisis de algunos aspectos de la tesis anterior constituye el objeto de este ensayo. Es solamente una aproximación inicial, muy esquemática, a un problema que requiere mayor desarrollo. Inicialmente, se busca establecer algunas relaciones entre el fenómeno de la especulación y la presente crisis del sistema capitalista. En segundo lugar, se introduce la deuda externa como el factor principal que le proporciona especificidad a la crisis latinoamericana dentro del contexto mundial. En tercer lugar, se identifica la desnacionalización del Estado como la característica política más sobresaliente de la crisis en la región. Finalmente, se discuten algunas implicaciones del debilitamiento del Estado en la estructura de clases.

II. Especulación y crisis del sistema

A comienzos del presente siglo, Hilferding (11) explicaba cómo la especulación no constituye un proceso socialmente necesario para la eco-

9. Ver Juan Pablo Pérez Sáinz, "Hacia una Teoría del Estado en las Formaciones Sociales Periféricas", en Pérez y otros, *El Estado del Capitalismo Periférico*, Bogotá, CINEP, 1982, p. 37.

10. Sobre estas y otras consideraciones puede verse "La crisis latinoamericana", en Gonzalo Martner (coord.), *América Latina hacia el 2000. Opciones y estrategias*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1986.

11. Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, México, Ediciones El Caballito, 1973, Capítulo VIII.

nomía capitalista, como sí ocurre con la compraventa de mercancías. Se trata, explicaba, de "un mero desplazamiento en la distribución de la propiedad privada, sin ninguna influencia sobre la producción o la realización de los beneficios" (12). Estas ganancias diferenciales de unos se obtienen, agregaba, a costa de las pérdidas de otros, solo por efecto de las variaciones de los precios de los títulos, pero no de los de las mercancías que no importan para el efecto. Las valoraciones opuestas en los precios de los títulos inducen a que haya ganancia especulativa de unos y pérdida especulativa de otros. Las variaciones de precios de los títulos de renta variable dependen básicamente del nivel de los beneficios y del nivel del tipo de interés. Por eso la especulación se debilita en épocas de depresión (13).

Pero el carácter totalmente improductivo de la especulación no significó que no fuera necesaria para determinadas relaciones económicas surgidas con el desarrollo del capitalismo. La acumulación, sobre la base de la redistribución del valor creado, se estructuró bien pronto como relación económica destacada. Así, la especulación fue necesaria como incentivo para el funcionamiento del mercado de capital ficticio, como es el de las bolsas de valores. "Es necesaria para hacer que este mercado esté siempre dispuesto a la absorción y darle así al capital monetario, como tal, la posibilidad de transformarse continuamente en capital ficticio y de éste otra vez en capital monetario. Pues al poderse hacer ganancias diferenciales mediante compras y ventas se ha dado el incentivo continuado para la compraventa, esto es, se garantiza la continua existencia de un mercado semejante" (14). De manera que la especulación fue un estímulo para la inversión masiva

de capital monetario, como función esencial de las bolsas de valores (como instrumento que son para el cumplimiento del objetivo capitalista de la acumulación), así como también para la circulación de la propiedad sin transferencia simultánea de mercancías. La posibilidad de utilización del crédito y la velocidad de las operaciones permiten aprovechar cualquier oscilación de los precios, al punto que el dinero sólo es necesario para saldar diferencias finales.

La fusión monopólica de los capitales bancario e industrial a finales del siglo XIX permitió también que el manejo económico de los bancos se expandiera sobremanera. Los bancos pudieron ejecutar sus propias transacciones, al tratar de equilibrar entre sí las órdenes de sus clientes, al pasar a la bolsa solamente la cantidad no compensada. "Así el banco cesa de ser simple intermediario del comercio de títulos y efectúa un comercio propio" (15), y subordina la importancia de la bolsa. Sin embargo, a pesar de la pérdida relativa de importancia de las bolsas de valores frente al nuevo papel de los bancos, éstas continuaron como los centros principales de registro de las inversiones de las economías capitalistas, por lo menos hasta la consolidación de lo que se ha llamado la intervención del Estado en la economía, ocurrida en la década de los años treinta. A partir de allí, el manejo de empresas por parte del Estado, solo o asociado con el capital privado, sustrajo buena parte de valores del mercado de las bolsas. Así mismo, el manejo monetario de la política económica creó alternativas para que las transacciones del capital no se concentraran en las bolsas de valores, pues se crearon medios que posibilitaron cierta dispersión de los flujos económicos. Ya en los años cincuenta, con el advenimiento del capitalismo multinacional, grandes conglomerados monopólicos se independizaron de la intermediación de las bolsas en el comercio de sus papeles. El desarrollo tecnológico de la informática consolidó el proceso, al hacer posible la combinación de muchas transacciones, las cuales aprovecharon, a la vez que aceleraron, el alto grado alcanzado, por la internacionalización del capital. De esta manera, los grandes bancos y entidades financieras pudieron situarse progresivamente en el centro de la actividad especulativa. Esta no

12. *Ibid.*, p. 145. Es necesario aclarar que no todo desplazamiento en la distribución de la propiedad es especulativo. Es más, la mayor parte no lo es. Las necesarias actividades comerciales para el capitalismo caen dentro de la órbita de la distribución de la plusvalía. Por otra parte, las políticas económicas han servido para transferir plusvalor de un sector económico a otro en aras de estimular la reproducción ampliada del capital. La experiencia latinoamericana de transferencia de capital del sector primario exportador a la industria en distintas etapas del proceso de sustitución de importaciones es aleccionador al respecto, pues la reproducción del capital no se basó entonces principalmente en la explotación de la clase obrera.

13. Hilferding, *El Capital*..., pp. 145-146.

14. *Ibid.*, p. 150.

15. *Ibid.*, p. 161.

varió sino cuantitativamente al conservar la esencia de la situación analizada a comienzos de siglo por Hilferding.

Dentro del contexto descrito, la internacionalización del capital creó el ambiente propicio para darle vuelo a la especulación. En efecto, si bien la actividad del comercio fue la que le dio vida, solamente a partir de la época del Mercantilismo la especulación pudo adquirir dimensiones geográficas de consideración. Con el surgimiento del imperialismo a finales del siglo XIX y su masiva transferencia de capitales (inversiones externas), la internacionalización del capital inició un proceso de consolidación. Su culminación se logra a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, cuando se generaliza el sistema de empréstitos entre naciones. En esta forma, los tres medios básicos de internacionalización del capital: comercio, inversiones externas y empréstitos internacionales, se articulan de manera permanente con el capitalismo multinacional y la especulación alcanza amplias dimensiones.

Los procesos anotados crearon rápidamente un sofisticado flujo de circulación de capitales, no solo a nivel nacional sino más que todo internacional, buscando la mejor opción de tasa de ganancia. Comenzaron entonces a diferenciarse por su dinámica respectiva los sectores financiero y productivo (16). A las tradicionales formas de especulación capitalista se les adicionaron nuevas posibilidades, ya que hubo mayor oportunidad de encontrar tasas más altas de interés en el sector financiero que las tasas de ganancia en el sector productivo. Se produjo así una tendencia hacia la disociación entre el capital para financiar los procesos productivos y el utilizado a través del sector financiero con fines especulativos; este último pasó a ser crecientemente diversificado, recursivo y voluminoso. "Esto no significa que la mayoría de la moneda... esté atada al sector financiero; significa que la mayor parte del flujo monetario

de la economía... ocurre en el sector financiero. Como la tasa de rotación es muy alta en este sector, se necesita menos dinero para mantener un alto flujo de pagos. Aun así, el sector financiero absorbe gran cantidad de dinero" (17).

La coyuntura mundial de la crisis energética de 1973 ocurrió dentro de este ambiente. Sus consecuencias dieron pie para iniciar la transición hacia lo que parece una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. La abrupta expansión de liquidez en el mercado mundial, por el crecimiento inusitado de los precios internacionales del petróleo, dentro del contexto mencionado de alta internacionalización del capital y generalización de la especulación, provocó un cambio cualitativo en el funcionamiento del sistema económico. Este cambio es quizás comparable, por su importancia, con el ocurrido cuando apareció el fenómeno imperialista durante el último cuarto del siglo XIX. Al igual que lo acontecido con el proceso de concentración capitalista y formación del capital financiero a raíz de la crisis cíclica de 1873, un siglo después la crisis energética de 1973 abrió campo a una nueva etapa de comportamiento del capital a nivel internacional.

El intempestivo aumento de circulante que indujo en el mundo financiero la crisis energética, dejó de lado la vieja economía monetaria que había sido la reguladora de las políticas económicas desde la legitimación de las prácticas denominadas de intervencionismo de Estado. En su lugar, se abrió paso lo que Lichtensztejn ha llamado la economía crediticia (18). El auge de los mercados financieros diversificados, en donde el juego de las bolsas de valores es solamente una parte de las transacciones posibles, estimuló rápidamente un sistema de flujos de capital-dinero con fines de rentabilidad especulativa, con tendencia a independizarse de la necesidad de dinero para la circulación de bienes y servicios. El grado de internacionalización alcanzado por el capital permitió encontrar siempre un lugar para la especulación fuera del sector productivo, aparentemente sin barreras geográficas o de otra índole. El

16. "En el siglo XX, el crecimiento del sector financiero ha ocurrido aceleradamente, tanto absoluta como relativamente frente al sector productivo, especialmente en el largo 'boom' posterior a la Segunda Guerra Mundial durante el cual ha ocurrido una verdadera explosión de nuevas clases de instituciones financieras e instrumentos, a la par con la actividad especulativa en una escala sin precedentes". The Editors, *Monthly Review*, New York, Volume 35, Number 1, 1983, p. 3 (traducción F.L.B.).

17. *Idem.*, p. 6.

18. Samuel Lichtensztejn, "A crise do Capital Financeiro", en *Revista de Economia Política*, Vol. 3, No. 2, abril-junho 1983.

tránsito de los flujos de capital es multidireccional, con ondas conyunturales de diferente intensidad y una inmensa masa de capital internacionalizado. Así, por ejemplo, a partir de la liquidez mundial generada por la crisis energética, se vio cómo América Latina fue receptora de una avalancha de capital en forma de empréstitos. Luego, tras un endeudamiento sin precedentes, operó un retorno de capital hacia los centros financieros imperialistas, no solamente como servicio de la deuda, sino también por medio de la expatriación de capitales. Paralelamente fluyeron las inversiones, las regalías, las ganancias y las demás transferencias internacionales fruto del capitalismo transnacional. Todo ello articulado por la dinámica que posee el capital especulativo para tender a imponerse sobre las inversiones productivas.

La crisis económica mundial que emergió hace casi una década obedece en gran medida a los procesos someramente mencionados. La rearticulación de la economía que la crisis provocó, rompió con la lógica que se impuso a partir de la depresión de 1929 y que culminó con el orden impuesto en Bretton Woods. Hoy más que nunca, la teoría económica y su interlocutor permanente, la política económica, se encuentran orientadas por las prácticas del "ensayo y error". El mundo capitalista se debate entre dos demandas que se han tornado contradictorias en grado sumo: la acumulación mediante la producción y la acumulación gracias a la redistribución especulativa. El funcionamiento de la economía es sinuoso por excelencia, con ondas nacionales y sectoriales que coinciden solo por accidente. La posibilidad de que el sector financiero pueda prosperar casi indefinidamente, en tanto que el productivo se mantiene estancado (19), quedó en entredicho con la campanada de alerta que significó el *crash* de las principales bolsas de valores el pasado 19 de octubre. Claro está que, dados los instrumentos teóricos y empíricos con que se cuenta actualmente, la capacidad de reconstitución del sistema económico en momentos de crisis es muy grande, pero las consecuencias políti-

cas de una prolongación de la presente crisis exigen una solución de fondo. La posible solución implica un forcejeo entre los grandes intereses económicos del mundo en donde priman los de la especulación, y la necesidad de ajustar drásticamente el resquebrajamiento del piso político de la acumulación capitalista.

III. Endeudamiento y crisis latinoamericana

La expansión del mercado interno, provocada por el modelo de "desarrollo hacia adentro" que se impuso a partir de la Gran Depresión de 1929, fue un factor de fortalecimiento de las nacionalidades latinoamericanas. Pero el fortalecimiento del Estado nacional, que acompañó a la industrialización de gran parte de los países de la región, perdió su impulso en la década de los años sesenta a raíz del cambio de patrón de desarrollo. En efecto, tras el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, el capitalismo multinacional que se implantó brindó a las economías parte de la fuerza que había perdido, aunque a costa de un debilitamiento de la cohesión interna de las naciones. Las etiquetas multinacionales de la gran industria comenzaron a contrarrestar los efectos de consolidación nacional propias del período anterior de expansión del mercado interno (20). El progreso técnico y su influencia en la productividad por el crecimiento del nuevo sector de producción de bienes de capital, pasó a ser factor destacado en las economías, pero con un grado de dependencia exterior más sofisticado que en la época de compra tecnológica y pago de regalías por parte de las industrias livianas nativas. El auge de la competencia, a medida que avanzaba la industrialización de varios países latinoamericanos, apoyada por las empresas multinacionales, le dio gran impulso a la internacionalización del capital.

En estas circunstancias se produjo el "boom" crediticio inducido por la crisis energética de 1973. El endeudamiento externo de América

19. "... nosotros estamos inclinados a ver que en la presente fase de la historia del capitalismo —excepto un de ningún modo improbable choque como la caída del sistema bancario y monetario internacional— la coexistencia del estancamiento en el sector productivo y la inflación en el sector financiero puede continuar por un largo tiempo". The Editors, *Monthly*... p. 12 (traducción F.L.B.).

20. Al respecto, la afirmación de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto que señala "... que la relación entre la economía nacional y los centros dinámicos de las economías centrales se establece en el mismo mercado interno" y que "...esta forma de desarrollo supone la internacionalización de las condiciones del mercado interno", apunta hacia el mismo fenómeno contradictorio propio de la dependencia. Véase *Dependencia y Desarrollo*..., p. 147.

Latina permitió postergar el surgimiento de la crisis en la región. Cuando ésta sobrevino sus efectos fueron muy profundos. Con especificidad propia, la crisis económica latinoamericana se articuló con la crisis que sumió al mundo capitalista. La actividad financiera reemplazó la inversión directa a través del capital internacional. La industria perdió competitividad. Los créditos otorgados comenzaron a facilitar las actividades especulativas. El grado de endeudamiento y su utilización para sustraer recursos de los flujos monetarios tradicionales, dependió de las características de cada sociedad. En general, en los países con más inflación se facilitó la actividad especulativa y se crearon mejores condiciones para las transferencias internacionales de capital, particularmente las llamadas fugas de capital. Argentina ha sido ejemplo de esta situación; México, Perú y Venezuela experimentaron también fugas masivas de capital (21).

El endeudamiento externo de los países latinoamericanos se compaginó, en mayor o menor grado, con la difusión y aplicación del modelo neoliberal de política económica. La situación de crisis, el agotamiento del modelo cepalino y las facilidades para las actividades especulativas fueron los factores de inducción de la política económica neoliberal, a través de una mayor inserción del capital internacional en la economía. La vigencia del neoliberalismo se sostuvo con el apoyo del endeudamiento externo, y provocó un retroceso en la industrialización. En efecto, algunas sociedades utilizaron los recursos crediticios para ampliar desde el ángulo del consumo su mercado interno, con el agravante de que la disminución de las barreras aduaneras posibilitó que la competencia internacional más eficiente barrera con la industria nacional. Chile se constituyó en el país políticamente ideal para este desastroso experimento, además de los efectos negativos en otras sociedades. La excepción la constituyó Brasil, en parte por su infraestructura industrial relativamente avanzada. Pero el costo de su fortalecimiento productivo fue la proyección de un endeudamiento externo sin parangón de

más de 100.000 millones de dólares. De manera similar a lo acontecido en los países más industrializados del área, como Argentina y México, la dependencia tecnológica de la industria brasileña arrastró una mayor dependencia financiera, en una coyuntura donde la disponibilidad crediticia internacional era muy grande (22). Pero aquí el despilfarro y la especulación fueron relativamente menores que los practicados en otros contextos nacionales.

El alegre endeudamiento latinoamericano tuvo un común denominador en el uso de los empréstitos con fines especulativos. El aumento de capital-dinero disponible dio pie para que se utilizaran estos recursos en forma permanente para el fortalecimiento de un sector financiero con tendencia a independizarse del flujo monetario tradicional de las economías nacionales, y a succionar de éste recursos de ahorro destinados al financiamiento de procesos productivos. Las inversiones y gastos (por ejemplo, armamentos) planeados con los créditos públicos no se ejecutaron necesariamente a cabalidad. Muchos capitales no entraron directamente a las actividades programadas, sino que fluyeron inicialmente hacia las corrientes especulativas. Por otra parte, los empresarios privados utilizaron las empresas no solamente como aval y supuesto destino de las inversiones financiadas con los empréstitos, sino que, al invertir menos y destinar recursos a fines especulativos, no las modernizaron, marginándolas de la competencia en el mercado internacional. Muchos de estos recursos de capital regresaron al campo internacional de donde provenían, para activar la cadena especulativa. Colombia constituyó un buen laboratorio para estas prácticas (23). En esencia, la especulación, como fenómeno estructural, fue un factor destacado del proceso de endeudamiento externo latinoamericano, que debilitó la capacidad productiva del continente.

Dentro de este contexto, la relación cambiaría con las sociedades avanzadas pasó a constituir

21. Afirmaciones semejantes para el caso colombiano pueden encontrarse en Edgar Reveiz y Oscar Landerretche, "Deuda externa y ajuste macroeconómico colombiano: Un enfoque estructural", en Edgar Reveiz (editor), *Deuda externa latinoamericana y proceso de ajuste*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1985.

22. Varias de las ideas planteadas se exponen en Germán W. Rama y Enzo Faletto, "Sociedades dependientes y crisis en América Latina: Los desafíos de la transformación política social", en Martner (coord.), *Diseños para el cambio*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1987.

23. Gabriel Misas A., "Acumulación y crisis en la economía colombiana", en *Cuadernos de Economía*, Volumen VII, Número 8, Bogotá, primer semestre de 1985.

un problema fundamental y constante. La fluidez y movilidad adquiridas por el capital facilitan la inestabilidad y el desajuste permanentes entre las monedas nacionales, cuestión bien traumática debido a las necesidades de importación y exportación de mercancías. Estos desajustes se agravan frecuentemente por la dificultad de controlar el fenómeno concomitante de la inflación. La inestabilidad cambiaria es en buena medida consecuencia del desplazamiento de los flujos financieros de capital, al buscar éstos, a como dé lugar, todas las posibilidades de apropiación especulativa de plusvalía derivadas de las rentas diferenciales a nivel mundial. No solo nacional sino internacionalmente, el capital busca ubicarse donde le sea más provechoso. Crecientemente, y cada vez con más dificultad, los procesos productivos nacionales tienden a adecuarse coyunturalmente a un sistema de precios altamente variable a nivel mundial, so pena de perecer.

El endeudamiento externo del área latinoamericana ha incrementado el desfase cambiario por varias razones. Entre otras, sobresale el hecho de que, al contribuir al mantenimiento de la depresión económica del área, el endeudamiento impone la necesidad de subvaluar las monedas, ya de hecho devaluadas por la demanda internacional del dólar. A ello se suma la presión de entidades que, como el Fondo Monetario Internacional, representa los intereses generados por la expansión internacional del capital, sobre todo en momentos en que, por el agotamiento de los créditos fáciles, esta institución volvió a tener preponderancia en el panorama mundial capitalista (24). Además, la fuga permanente de capitales refuerza la pérdida de valor de las monedas latinoamericanas, especialmente frente al dólar, pues es a Estados Unidos a donde ha ido a parar la mayor parte de los capitales especulativos. La consecuencia reciente de este fenómeno fue el crecimiento económico transitorio en ese país, no solamente con los ahorros del área, sino de otros continentes. La percepción en ese momento, por parte de la teoría económica dominante, fue de fortaleza objetiva del dólar, ilu-

sión que pronto se desvirtuó con su caída frente a las monedas europeas y japonesa, pero sobre todo con el **crash** del pasado 19 de octubre. El mito de la unidad monetaria internacional de referencia no puede operar estable y estructuralmente como patrón.

El endeudamiento externo de América Latina y su correlativo y sostenido estancamiento económico (25) se presentan, entonces, como problemas principalmente políticos antes que económicos. Los tradicionales límites entre el orden económico y el orden político internacionales tienden a esfumarse. El papel del Estado, como eje que es de las relaciones políticas, emerge como elemento crucial en el problema. Su necesaria relación con la nación determina el tipo de papel que asuma. Por eso, el Estado no puede continuar amortiguando indefinidamente los golpes que le proporcionan al proceso de formación nacional los efectos de la internacionalización del capital. Este fenómeno se hace más grave en la medida que el Estado mismo ha comenzado a deslindarse en su función de generador de fuerzas de cohesión social y de identidad nacional, al responder con mayor acuciosidad a los requerimientos provenientes de los efectos de la internacionalización avanzada del capital.

IV. Estado y desnacionalización política

El complejo andamiaje que refleja la nueva situación provocada por la expansión internacional del capital acarrea hondas repercusiones a nivel político. Quizás el principal efecto, ya que a él se circunscriben los demás, es el debilitamiento de los Estados nacionales como tales. En distintos grados y modalidades, se puede apreciar en las sociedades latinoamericanas un bloqueo al desarrollo de sus nacionalidades. Este fenómeno, que bien puede imprimirle carácter a la nueva dependencia externa de la región, ha disociado a las fuerzas políticas vinculadas a la economía internacional, de aquellas cuya movilización política se facilita princi-

24. Una visión general del FMI puede apreciarse en Samuel Lichtensztejn y Mónica Baer, **Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial**, San José-Buenos Aires, Editorial Nueva Sociedad y Centro de Estudios Transnacionales, 1986.

25. Sobre la permanencia de la crisis en el área puede consultarse CEPAL, **Balance preliminar de la economía latinoamericana**, 1987, No. 455/456, diciembre de 1987. Por otra parte, la atipicidad del buen comportamiento de la economía colombiana frente a los demás países está comenzando a ajustarse negativamente en el año 88.

palmente a partir de estímulos nacionalistas. Los Estados, que han sido rectores de las formaciones nacionales latinoamericanas y expresiones de sus comunidades políticas, han tendido variadamente hacia su enajenación. Integrándose a las empresas multinacionales como socios, estimulando directa o indirectamente el flujo internacional de capitales, o simplemente reprimiendo las fuerzas sociales percibidas como problema, los Estados se han identificado con los intereses capitalistas internacionalizados. Estos intereses han abandonado progresivamente su identidad cultural y política con la nación, remplazándola por una concepción de nación confundida con el Estado. Como resultado, los Estados han servido de medios de propagación de los obstáculos al desarrollo de las nacionalidades, en la medida que han promovido el capital internacionalizado. En estas circunstancias, es posible, incluso, poner en duda el viejo dogma de la estatización (¿nacionalización?) del capital como medio para estimular la cohesión nacional (26). La nacionalización de las empresas, como parte de una supuesta socialización de la economía y del fortalecimiento nacional, entraría en un campo de ambigüedad política y dejaría muchos interrogantes. El Estado ya no sería el ideal de un capital colectivo, como lo pregonan algunas teorías, debido al debilitamiento del capital nacional y sus consecuencias. La asociación con capitales internacionales puede activar en el seno del Estado la competencia entre éstos, lo que inhibiría la tradicional función estatal de regir la formación nacional.

Con relación a la política económica, la inflación y el déficit fiscal son los problemas que se vinculan más directamente con el debilitamiento del Estado en su papel de canalizador de las fuerzas sociales más interesadas en el desarrollo de lo nacional. Estos asuntos se miran y manejan todavía con el disfraz técnico del tratamiento económico, pero su carácter endémico ha hecho más visible su contenido político. Ambos problemas se vinculan entre sí, sobre

tudo por haberse generalizado como consecuencia de la internacionalización del capital.

La inflación ya no es un fenómeno propio solamente de los ciclos de crecimiento económico, sino que se sostiene también durante los recesos ("estanflación"). Las crisis no causan contracción en los precios sino que éstos continúan en expansión. La sobreproducción característica de las crisis capitalistas aparentemente ha disminuido su importancia, en la medida que la actividad especulativa ha buscado imponerse sobre la acumulación tradicional apoyada en la producción (valorización del capital). La mayor dinámica de los flujos especulativos frente a la de los flujos monetarios para el intercambio de bienes y servicios parece intervenir en la nueva característica del fenómeno. La inflación se ha convertido en componente de la especulación, lo que ha influido en la dificultad para disminuirla a través de la política económica.

De esta manera, la inflación ha entrado en el plano del manejo puramente político con disfraz técnico-económico, a medida que cada Estado, según sus propias características, ha aprendido a manejar los riesgos políticos que acarrea y ha tratado de institucionalizar su propio control monetario. Este procedimiento se combina con la manipulación de la devaluación de las monedas, de acuerdo con los contradictorios intereses de los acreedores externos a quienes no les conviene la inflación por el riesgo de incumplimiento de sus deudores, pero, a la vez, les conviene puesto que los mismos intereses forman parte de la red financiera-especulativa. El Estado aparece, a través del manejo monetarista de la inflación, como actor "involuntario" de la especulación. Por ejemplo, con el fin de inmovilizar parte de la moneda en circulación para reducir la inflación, el Estado ha creado diversidad de papeles de ahorro con tasas competitivas de interés, modalidad que se ha prestado para engrosar la actividad especulativa (27). De esta manera, se puede apreciar que el problema es muy variado y va desde el caso argentino, caracterizado por la mayor institucionalización política de la inflación, hasta el panameño donde es mínimo el fenómeno,

26. El caso colombiano de la estatización de la banca, a raíz de la crisis financiera que se incrustó en la contracción económica de 1979 a 1983, es un excelente ejemplo del papel estatal de auxiliador de los capitales articulados con el exterior. Al respecto puede verse el trabajo de Salomón Kalmanovitz y Fernando Tenjo G., "La crisis financiera en Colombia: Anatomía de una evolución", en *Controversia*, No. 131, Bogotá, CINEP, 1986.

27. Para el caso de Colombia, que es ilustrativo al respecto, puede verse Mauricio Avella G., "La economía política de la reforma financiera", en *Coyuntura Económica*, Bogotá, Vol. XIII, No. 4, diciembre de 1983.

ya que su economía financiera es un apéndice de la norteamericana, o el caso boliviano cuya inflación fue rueda suelta hasta hace poco.

Junto con la inflación, el otro problema señalado es el déficit fiscal. Este problema, quizás más estructural que la inflación, es común a casi todos los Estados, no solamente de América Latina sino también de los países avanzados. Estados Unidos es quizás el caso más extremo de todos con US\$180.000 millones, así como lo es el de su deuda externa. Teorías formuladas hace más de una década explican las razones estructurales del fenómeno (28), al mostrar el papel asumido cada vez más por el Estado de correr con nuevos costos, como soporte a la reproducción del capital con miras a mantener tasas adecuadas de ganancia. Este apoyo estatal contribuye a la reproducción de la fuerza de trabajo, especialmente a través de las políticas sociales, pero es sobre todo el apoyo del Estado a los grandes costos del capital, como las grandes obras de infraestructura, la razón de ser de sus crecientes gastos. Aparte de algunas variantes teóricas dentro de esta concepción general, en Latinoamérica se han abierto camino postulados complementarios que enfatizan los gastos estatales en armamentos, en servicio de la dilatada deuda externa (29) y en mantenimiento de formas de organización de los regímenes políticos (30).

A las razones políticas generales del moderno y endémico déficit fiscal se ha sumado el tremendo peso del servicio de la deuda externa, que es también fenómeno político. Por ello, no es factible esperar que una decisión como la sim-

ple moratoria pueda mitigar la postración económica en que se halla la región. La presente coyuntura es diferente, en términos de las alianzas internacionales de clases, a la de la Gran Depresión. Los gobiernos latinoamericanos, en general, no tienen el peso suficiente de representación de las fuerzas sociales sin vínculos con la internacionalización del capital, como para asumir una decisión que pueda eventualmente perjudicar a los poderosos grupos nativos cuyos intereses traspasan las fronteras nacionales. Dentro de estas condiciones, el endeudamiento externo se integra con el problema fiscal. La consecuencia directa es el debilitamiento de aquellos mecanismos de acción política del Estado que deberían favorecer el desarrollo de la nacionalidad. Es un factor más de escisión entre el Estado y la nación, que atenta contra la correspondencia que ha existido entre estas dos globalidades desde los comienzos de la formación histórica del capitalismo.

Sobre estas bases se puede afirmar que los Estados nacionales de América Latina se debaten en un gran dilema: por un lado, permanecen anclados a la sociedad civil, como motor del proceso de formación histórica nacional; pero, por otro, los mismos Estados tienden a su enajenación con relación a lo nacional, como reflejo de las condiciones estructurales impuestas por el alto grado de internacionalización del capital. En su papel de reguladores de las relaciones sociales y de canalizadores de las presiones políticas, a los Estados les ha correspondido enfrentar los problemas causados por los desarrollos recientes del capitalismo, que le dan generalmente prioridad a los intereses extranjeros. En este sentido, el tímido renacer democrático latinoamericano actual (31) es consecuencia de los fracasos políticos del modelo económico de apertura externa y de la crisis de la región. Más que una abstracta causalidad económica, la razón del renacer es, natu-

28. El trabajo de James O'Connor fue el primero que abrió paso a esta nueva línea teórica. Véase *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Ediciones Península, 1981 (primera edición en inglés publicada en 1973).

29. A fines de 1985 la deuda externa de América Latina era de 368.000 millones de dólares. La relación entre intereses pagados y exportaciones totales se situaba en 36%. Entre 1982 y 1985 se realizaron pagos netos de 144.100 millones de dólares por concepto de utilidades e intereses. Véase Alfredo Eric Calcagno, "Algunos aspectos de la deuda externa en América Latina con particular referencia a Argentina", en Eduardo Bustelo (comp.), *Políticas de ajuste y grupos más vulnerables en América Latina: Hacia un enfoque alternativo*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica-UNICEF, 1987, pp. 111-112.

30. El caso específico de Colombia, donde el denominado "clientelismo" es el fundamento de articulación política del régimen, es un ejemplo del último tipo de gastos estatales. Francisco Leal Buitrago, "El sistema político del clientelismo" (investigación en curso).

31. Se hace referencia no solamente a la más reciente caída de las dictaduras militares en Argentina, Uruguay y Brasil, sino también a la formación autónoma de grupos como los de Contadora, de Apoyo y de Los Ocho. Sobre el particular puede verse Fernando Cepeda y Rodrigo Pardo, "Negociaciones dentro del proceso de pacificación en América Central adelantado por el Grupo de Contadora", en Rodrigo Pardo (editor), *Desarrollo y paz en Centroamérica*, Bogotá, CEI-UNIANDES, 1986.

ralmente, política: aparece como reacción al bloqueo de lo nacional y al favorecimiento del Estado al proceso de internacionalización del capital. La recuperación de regímenes de democracia representativa obedece a las respuestas de las fuerzas políticas tradicionales a los requerimientos de los grupos sociales más afectados con la expoliación económica y la represión. El restablecimiento formal del juego democrático matiza las políticas coactivas que requerían los segmentos sociales cooptados por el capital internacional.

El problema del Estado no es ya la competencia interna entre fuerzas dominantes para alcanzar y dirigir cierta cohesión política nacional. Es muy difícil hablar aquí de posibilidades hegemónicas en los términos gramscianos y, por tanto, parece teóricamente intrascendente considerar la categoría de crisis de hegemonía (32). Lo que acontece ahora es que el Estado, a través de los gobiernos, se debate entre la presión de amplias fuerzas sociales dispersas que intuyen la necesidad de reivindicaciones nacionalistas, y la de gran parte de sectores dominantes que no están interesados en diseñar y liderar proyectos de solución nacional.

La ambivalencia del Estado se observa, por ejemplo, frente al problema de la deuda externa: por una parte, aparece como una especie de representante de los acreedores externos, pero, por otra, los montos de las deudas nacionales son tan grandes que no permiten jugar alegremente con decisiones que acarrearían problemas políticos internos imprevisibles y delicados. Los mismos gobiernos, presionados hacia aperturas democráticas por fuerzas que pugnan hacia la continuidad de desarrollos nacionales, tratan de contrarrestar de alguna manera la creciente enajenación nacional del Estado. Es un problema de supervivencia y equilibrio político de los gobiernos.

La situación de crisis nacional se ha proyectado al plano internacional. Mientras grupos sociales necesitados de aprovechar las identidades nacionales propugnan por abrir caminos demo-

cráticos y resucitar, transformados, viejos nacionalismos, el centro de poder externo recurre a un agresivo proteccionismo económico y califica arbitrariamente tales esfuerzos como influencias extracontinentales que hacen parte de la nueva guerra fría. Estados Unidos se erige, hoy más que nunca, como el recurso único de salvación del capitalismo ante la presente crisis, dentro de una situación paranoicamente defensiva. En la actual coyuntura, tanto por razones militares como estructurales, muy difícilmente podrá desarrollarse la forma histórica de revolución nacional y popular. El caso de Nicaragua es suficientemente ilustrativo. Por eso, el régimen tradicional de democracia representativa, que es el modelo democrático más tolerado por el capitalismo, se ha convertido en el objetivo histórico inmediato más apetecido por quienes buscan una mayor apertura. Sin embargo, la heterogeneidad y falta de integración social en los países latinoamericanos, y su falta de claridad sobre las formas de representación y los canales de participación, abren un interrogante hacia el futuro, en el cual se podría cuestionar hasta la misma permanencia de los Estados nacionales como las estructuras fundamentales de reproducción capitalista.

La incertidumbre histórica del Estado latinoamericano se plantea, entonces, por lo menos en dos direcciones alternativas, ya que la defensa de los intereses foráneos, o en el mejor de los casos internacionalizados, contradice de hecho el carácter nacional del Estado. Si el desarrollo del capitalismo exige ahora la constitución de un capital internacional global y la relativa homogeneización de una macro-clase burguesa, el Estado nacional se coloca como un obstáculo para este desarrollo. Una primera posibilidad sería, pues, la de una muy profunda transformación de los Estados nacionales. Se estaría así en el comienzo de una etapa de transición hacia una nueva era de la historia, caracterizada por un capitalismo políticamente diferente y por una organización social cualitativamente distinta. En caso contrario, el Estado latinoamericano podría subsistir gracias a la renacionalización de los procesos de valorización del capital a través de la formación de capitalismos de Estado. El Estado sería la única instancia que podría competir en el plano de la internacionalización del capital, a falta de capitales locales capaces de asumir esa tarea. Pero la permanencia del Estado crearía la necesidad

32. Una buena discusión sobre esta temática se encuentra en Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci*, México, Folios Ediciones, S.A., 1981.

de consolidar fuerzas desde abajo de la estratificación social, para responder a las exigencias de cohesión nacional con amplias modificaciones en las formas de organización social. En esencia, la actual crisis económica, que es a la vez crisis política, hace suponer cambios fundamentales, no solamente a nivel del área, sino también en el plano mundial.

V. Clases sociales y proyectos de solución política

Una buena parte de la discusión que se ha presentado aparece con cierto sesgo estructuralista: las fuerzas sociales tienen algún sabor de predeterminación y hay algo de cosificación en ellas. Pero en el centro del problema de este ensayo se ubica el capital, que expresa, ante todo, relaciones entre las clases sociales. La constitución de las clases y del capital es producto de esas mismas relaciones. De esta forma, el proceso de internacionalización del capital, como guía del análisis, ha estado acompañado de cambios en la estructura de clases y en el sistema mundial que articula. Esta sección final recoge algunas consideraciones sobre el problema nacional, con el propósito de recuperar su esencia social de relación entre clases.

El problema nacional en América Latina se inicia con su independencia, considerada como autonomía política de la nación. Los límites en el ejercicio de la soberanía están, por tanto, en el centro mismo del problema (33). Con la situación de dependencia externa de las naciones, estos límites están aparentemente determinados desde afuera. Sin embargo, son las mismas relaciones internas entre las clases sociales, y las de éstas con las clases de los países imperialistas, las que establecen las determinaciones de la dependencia y, por consiguiente, las del ejercicio de la soberanía. Es necesario distinguir el nivel nacional y el internacional en la ocurrencia y en el efecto de los acontecimientos, así como es indispensable también reconocer la compenetración que puede darse entre ambos niveles. Y estas identifica-

des y distinciones deben mirarse a través de la red de relaciones que se presentan entre las clases sociales.

Por ejemplo, acontecimientos internacionales como la crisis energética de 1973 y la fundación de la Organización de Países Productores de Petróleo, OPEP, tuvieron un importante componente antiimperialista, pero sus efectos posteriores fueron ambivalentes a nivel nacional en los países dependientes. Nacionales vinculados al capital internacional seguramente facilitaron el endeudamiento externo de estos países, inclusive de productores de petróleo como Venezuela. La política de Estados Unidos ha buscado, entre otras cosas, contrarrestar los efectos antiimperialistas, al debilitar a la misma OPEP y al hacer uso del carácter político de la crisis económica y del endeudamiento externo. Al mismo tiempo, relaciones entre las clases a nivel nacional han provocado nuevos efectos antiimperialistas como consecuencia de fenómenos como la deuda externa. Los intentos de manejo del problema por parte del Grupo de los Ocho pueden ser expresión de ello. Por eso, el bloqueo de la cohesión nacional, por parte del proceso de internacionalización del capital, hay que mirarlo en términos de clases, de necesidades e intereses encontrados, para evitar que se vea como un freno a una nación preexistente que pugnara por expresarse fatalmente.

Otro ejemplo es el del desarrollo de la teoría en el campo de las relaciones internacionales. La política exterior de los gobiernos es vista allí como una representación en bloque de una nación, y no como fuerzas de clase que detentan el poder del Estado. Inclusive, se diluye la nueva dependencia al suplantarla por la "interdependencia" entre países. Al respecto, habría que anotar que la actual dependencia económica de América Latina, con relación a las naciones imperialistas, es concordante con la emergente interdependencia política de los países. La internacionalización del capital distribuye los intereses dominantes por todo el planeta, morigerando la otrora diplomacia del intervencionismo abierto. Es la misma diplomacia del dólar, pero de un dólar internacionalizado.

33. Este punto de la temática nacional ha sido tratado de tiempo atrás. A manera de referencia puede verse el ensayo de K. Marx y F. Engels, "La cuestión nacional y la formación de los Estados", México, Cuadernos de Pasado y Presente, No. 69, 1980.

La historia del capitalismo ha sido la historia de la creación nacional, de la construcción de los

modernos "yo" colectivos, pero también ha sido la historia de la creación de fenómenos que están minando la existencia de las naciones. La paradoja está en que, con el fortalecimiento del Estado latinoamericano, en cuanto institución económica (además de institución social, política y cultural), se ha desarrollado una subordinación del subsistema económico nacional a las fuerzas predominantes de la economía internacional (34). Los intereses de clase que se han internacionalizado se alinean con los intereses de las clases dominantes de los países industrializados, como efecto del orden económico internacional que es expresión del fenómeno imperialista. Surge, entonces, la contradicción en la situación presente de la internacionalización del capital: se hace necesario mantener la cohesión nacional como escenario que es de la dominación de clases y, por tanto, de la acción política de la internacionalización del capital, pero, al mismo tiempo, esta acción lesiona la capacidad de proyección de los intereses dominantes en el contexto nacional.

La culminación del proceso de creación de la nación en su concepción moderna ha sido la formación del Estado nacional. El capitalismo se ha constituido en el catalizador del proceso, y la concordancia política entre el Estado y la nación en su articuladora (35). Por eso la necesidad de que la nación recree permanentemente sus elementos de cohesión, para que respondan a las directrices del Estado en función de los intereses de desarrollo del capitalismo. Pero como se mencionó antes, la internacionalización del capital ha creado contradicciones en la capacidad de dirección política del Estado sobre la nación. No obstante, esta última, con sus elementos de aglutinación, ha tendido a contrarrestar tales contradicciones. En este sentido, los partidos políticos y las entidades paralelas han demostrado hasta el presente ser la

más eficiente forma de organización de las clases sociales, en aras del mantenimiento de la cohesión nacional. Los avances corporativistas en América Latina no implican necesariamente un remplazo de los partidos, no obstante la función política de las corporaciones. Son, más bien, expresión de una compleja modernidad en donde los partidos conviven con el corporativismo, pero éste tiene mayor proyección en momentos de crisis de las organizaciones políticas. Lo importante para los partidos, sería, entonces, su fortalecimiento con la integración de todo tipo de intereses colectivos.

Dentro del contexto del debilitamiento del Estado, que ha sido la entidad rectora de la formación nacional, es necesario señalar algunas de sus implicaciones políticas en la estructura de clases y en las posibilidades de formular proyectos de solución a la crisis. Con el auge de la economía crediticia y la especulación no parece que exista una nueva clase social que haya servido para darle realce a estas actividades o que se haya formado por efecto de ellas. Sobre la base de la burguesía financiera se alteraron las normas de acumulación del capital. La actividad especulativa buscó desplazar la actividad productiva como patrón básico de acumulación, proyectándose a varios sectores de otras clases en la medida que sus vínculos con el capital se establecían sobre la base de cierta capacidad de ahorro. La explosión de la especulación amplió aún más esta red de relaciones de clase, con la anuencia del Estado a través de su política económica para controlar la inflación y el déficit fiscal. A esta red entraron empresarios de la producción industrial, debilitando la capacidad de acumulación apoyada en la producción. Así mismo, en muchos casos la actividad de financiación a la producción se confundió con la financiación a la especulación. Sobre esta base, es muy posible que grupos del sector financiero hayan experimentado un ensanche, a costa de la disminución de grupos dedicados a la producción industrial. Igualmente, los rentistas debieron desplazar a grupos dedicados a labores productivas. Finalmente, la diversificación de labores económicas debió ser de común ocurrencia.

Con la movilidad adquirida por el capital, la vinculación internacional se hizo accesible a niveles más bajos de la estratificación social. Los intereses de clase con tendencia hacia la

34. Octavio Ianni, "A Crise do Estado-Nação", "Encuentro sobre la Deuda Externa de América Latina y el Caribe", Havana, 30 de Julio a 3 de agosto, 1985.

35. Cuando la sociedad civil se ha convertido en nación y tiene un solo poder político, ocurre el fenómeno de formación del Estado nacional. El Estado nacional es la expresión óptima del capitalismo. Estas y otras ideas relacionadas con el problema se pueden apreciar en el trabajo de René Zavaleta Mercado, "La cuestión nacional en América Latina", David y Goliath, Número Especial, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 1986.

“desnacionalización” no se ubican solamente en las clases dominantes, así como las expresiones nacionalistas no se gestan solo a partir de las necesidades de las clases llamadas populares. De esta forma, las manifestaciones políticas de los intereses de clase vinculados o no al capital internacional no se identifican en términos de polarización de clases. Su ocurrencia se ajusta de acuerdo con lineamientos que reflejan la heterogeneidad social de los países donde aparece el fenómeno.

En buena medida por efecto de su vinculación internacional directa, hoy en día las burguesías de las naciones se encuentran quizás en su momento más bajo de creación política. Es muy débil su capacidad de formulación de proyectos de solución nacional, pues sus intereses políticos nacionalistas están muy menguados y, sobre todo, ven más fácil proyectar sus actividades económicas hacia el exterior que afrontar un reto político de dudosos resultados. Las clases dominantes exhiben dificultades para asumir un carácter de dirigencia política. Sus débiles proyectos políticos no alcanzan a materializarse. Los relativamente numerosos intereses vinculados de manera creciente a un mundo con fronteras nacionales desteñidas, entran cada vez más en contradicción con los intereses de los grupos y clases sociales mayoritarios que no traspasan el contexto y la referencia nacionales. Estos grupos y clases pugnan por lograr desde el mejoramiento de su sustento, hasta la objetivación de ambiguas necesidades políticas provenientes de lo que intuyen como su identidad nacional. En cambio los primeros, los intereses vinculados efectivamente o como meta al capital internacional, inscriben sus necesidades, cada vez con más ahínco, en la satisfacción producida por el modelo de la sociedad de consumo, sin contraprestación alguna que provenga de su participación política en algún proyecto de tipo nacional. Los escasos grupos dominantes que tienden a asumir una responsabilidad como clase dirigente se apoyan en una variedad de sectores medios, que tratan de articular sus intereses en forma laxa con los intereses dominantes. El tópico de la democracia y su vigencia se constituye, así, en el elemento ideológico principal de articulación, pero también en fuente de desarticulación. Amplios grupos dominantes y sectores medios altos ven en el ejercicio de la democracia una amenaza para sus intereses y prefieren

soluciones rápidas que concuerden con el autoritarismo.

Los militares, reclutados de las clases medias, caminan contradictoriamente en la misma dirección. Perciben el debilitamiento de la cohesión nacional, gracias a la ideología nacionalista propia de su profesionalización. Aunque de manera confusa, lo que ellos llaman el deterioro de los valores patrios los lleva a pensar que es necesario revitalizar la sociedad nacional. Sin embargo, la responsabilidad del deterioro la atribuyen a su bien abstracta categoría del “comunismo internacional”. Su percepción los coloca, entonces, en posición de identificarse con los intereses del capital internacional, como antítesis del comunismo y, por tanto, fuente de la democracia. El resultado obvio es el reforzamiento de su enajenación y de la del Estado, junto con una necesidad mayor de represión, sobre todo a las expresiones populares que buscan alguna salida a los problemas nacionales y que, para mayor confusión, son percibidas por los militares como la encarnación local del comunismo internacional.

La crisis política en que se desdobra la crisis económica latinoamericana tiene en la complejidad de la estructura de clases del área un componente muy importante. Dos factores destacados contribuyen a explicar esta complejidad. En primer lugar, la velocidad del cambio social ha sido muy grande en la mayoría de los países en las últimas cuatro décadas. El resultado ha sido una gran inestabilidad social y por consiguiente una dificultad en la estructuración de las relaciones sociales. La tradicional categoría de movilidad social ha operado en diferentes direcciones, lo que ha servido para configurar muchos grupos heterogéneos sin perspectivas de integración como clases sociales. En segundo lugar, el efecto anterior ha obstaculizado la definición de estructuras de clases y de las clases mismas, sobre todo en términos políticos. No hay estabilidad laboral, económica, social o política que permita dar consistencia ideológica a los intereses que se derivan de las condiciones materiales de vida de grupos sociales sin arraigo histórico.

El problema señalado se observa en estratos sociales que cubren hasta la parte más alta de la pirámide social, aunque por su proliferación es más visible en los sectores bajos. En varios

países, la emergencia del narcotráfico ha sido la causa fundamental de la inestabilidad social en los sectores altos. En la base de la pirámide de clases, particularmente en la creciente población urbana, el llamado sector informal de la economía es la más dramática manifestación de inestabilidad social y de dificultad en la formación de clases sociales. No parece que haya país alguno que se escape a este fenómeno en forma significativa, máxime si se tiene en cuenta su relación con la situación de crisis económica. Sin embargo, las dificultades de incorporación económica estable de la gama social que constituye la "economía del rebusque", no implican que potencialmente no sea susceptible de incorporación política. Son tantos los puntos comunes de necesidades elementales para subsistir, que es muy alta la factibilidad de su movilización sobre esta base. No hay que olvidar la experiencia del populismo que, aunque en circunstancias diferentes, produjo incorporación política sin que necesariamente la hubiera en términos económicos.

En conclusión y desde el punto de vista de la estructura de clases, el problema político principal consiste en lograr la estabilidad económica necesaria para facilitar la articulación de nuevas y viejas clases sociales. Las diversas organizaciones políticas requieren de una mínima identidad en las clases, con el fin de tener la fuerza requerida que permita contrarrestar los efectos de la rápida internacionalización del capital. En la actualidad, el contenido político de la nueva dependencia se traduce en las limitaciones que este fenómeno del capital ha provocado en el Estado como rector que ha sido de la formación nacional en América Latina (36). A la nación, que es expresión de la organización política de la sociedad civil, posiblemente le corresponda ahora invertir la tendencia y erigirse en directriz de solución de la crisis. Su papel puede ser, quizás, la recuperación del Estado para sí, al generar en su seno la formulación de proyectos de solución, a partir de fuerzas de clase deslindadas políticamente del capital internacional.

36. Una buena discusión sobre el problema nacional en América Latina se encuentra en Edelberto Torres Rivas, "La Nación: Problemas técnicos e históricos", en Norbert Lechner (edición preparada por), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1981.